

que por aquel tiempo comenzó á favorecer á la gran duquesa, interpuso su influencia para conseguir aquel objeto. Así pudo continuar la gran duquesa sus relaciones con el que posteriormente fué rey de Polonia, y veinticinco años después encontraba gusto en consignar en bellas frases los detalles de aquellas relaciones (1).

A fines del reinado de Isabel comenzaron las relaciones de Catalina con Gregorio Orloff, que duraron mas que las anteriores. Este amante de Catalina fué uno de los principales autores de la revolucion del verano de 1762, y sus relaciones pudieron tener gran trascendencia política (2).

Esos acontecimientos habian de traer consigo un completo rompimiento entre Pedro y Catalina: cierta oposicion en que ambos esposos se encontraban respecto de la emperatriz Isabel pudo influir, en todo caso, en su aproximacion; tratábase de ver si entre ambos era posible una alianza, aun cuando fuese temporal. Pedro comprendia la superioridad de Catalina: muchas veces le confiaba sus asuntos y le pedia consejos que en parte seguia; pero la oposicion de caracteres y de aptitudes era demasiado profunda para que Pedro y

Catalina pudieran vivir mucho tiempo unidos. Durante el mismo reinado de Isabel ocurrieron conflictos que hacian prever las violentas crisis que habian de sobrevenir despues de la muerte de la emperatriz.

En 1755 ocurrió, entre otras, la siguiente escena: «Un día, cuenta Catalina, entró en mi cuarto, despues de comer, Su Alteza imperial y me manifestó que yo comenzaba á verme demasiado orgullosa, y que solo él me haria entrar en razon. Preguntéle en qué consistia aquel orgullo y me contestó que mi conducta era extraordinaria: díjele entonces si para darle gusto era preciso ir con la espalda encorvada como los esclavos del gran Sultan. Al oír esto se incomodó y dijo que ya sabia hacerme entrar en razon. Preguntéle cómo, y por toda respuesta sacó la mitad del puñal y me lo enseñó: preguntéle qué significaba aquello y si queria herirme, porque en este caso yo tambien tenia un puñal. Entonces volvió á meter el suyo en la vaina y dijo que mi maldad habia llegado á un extremo sorprendente, etc. etc. (3).»

Preparábase, pues, una lucha de la cual Catalina habia de salir vencedora, porque poseia mejores armas.

### CAPÍTULO III

#### PARTICIPACION EN LA POLITICA HASTA 1761

Conjuracion de Baturin.—Relaciones políticas de Pedro y Catalina.—Relaciones de Catalina con Schuwaloff.—Williams.—Apraxin.—Planes de Bestusheff.—Caída de Bestusheff.—Tirantez entre Isabel y Catalina.—Peligro inminente.—Cuestion de la sucesion al trono

Entre la emperatriz Isabel y la «jóven corte de Holstein» existia un verdadero antagonismo; pero la mala inteligencia en que esta vivia, manifestóse en la conducta que Pedro y Catalina observaron respecto de Isabel. Pedro obraba siempre sin reflexion alguna, seguia las inspiraciones del momento y se mostraba completamente inepto para los negocios políticos; carecia de calma y de recogimiento, de energía y de tacto, de valor y de constancia en su opinion ó en el papel político que adoptaba; mientras que Catalina supo crearse un partido, atrayéndose poderosos aliados, y en los momentos de peligro daba muestras de gran prudencia y no menor presencia de espíritu. Conocia perfectamente los azares del juego de la política, del cual habia de salir triunfante, gracias á su talento, á su voluntad de hierro y al tacto con que escogia los medios para llegar al fin.

En muchos círculos se pensaba mas bien en obligar al emperador Ivan Antonowitsh ó al gran duque Pedro á desempeñar el papel de pretendientes que en elevar á la princesa extranjera al trono de Rusia.

Decíase que, en 1749, cuando la emperatriz enfermó gravemente, los cortesanos habian celebrado conferencias para tratar de la sucesion al trono y que muchos habian decidido,

(1) En 9 de diciembre de 1758 dió á luz Catalina á la gran duquesa Ana que murió un año despues. En sus *Memorias*, pág. 273, cuenta las notables manifestaciones de Pedro en aquella ocasion: en la página 279 se refieren las juveniles travesuras que estando aun en la cama hacia con sus amigos, entre ellos Poniatowsky, burlando la vigilancia de las personas que la rodeaban. El episodio del perrito polonés es cínico, pero cómico en alto grado: véanse las *Memorias*, pág. 231.

(2) El hijo de Catalina y de G. Orloff nació en 11 de abril de 1762. La historia de este conde Bobrinsky, que fácilmente podia llegar á ser rival de Pablo, la ha referido recientemente Kobeko en la monografía de Pablo.

en caso de que muriese la emperatriz, ofrecer la corona á Ivan, que estaba aun en la menor edad (4). En cambio las clases populares, bien que á modo de excepcion, mostraban sus simpatías por el gran duque Pedro, y aun, en 1749, se tramó una conspiracion que tenia por objeto elevarlo al trono.

Cuando la corte, en el verano de dicho año, se trasladó á Moscou, ocurrieron entre los trabajadores y especialmente entre los albañiles, que se encontraban en las inmediaciones de la antigua capital, algunos desórdenes que un aventurero, el segundo teniente Baturin, quiso explotar para promover una revolucion en palacio. El éxito del golpe de Estado á que debia su entronizamiento Isabel era un poderoso aliciente para los imitadores. Del mismo modo que el gobierno de la casa de Brunswick habia sido derribado fácilmente, esperaba Baturin, en connivencia con unos cuantos soldados y trabajadores, poder derribar á la emperatriz Isabel y á su favorito Rasumowsky. Pedro sabia las simpatías que en aquellos círculos gozaba, pero faltóle valor cuando Baturin, en ocasion de cierta caza, le saludó, en un lugar solitario del bosque, como emperador y le ofreció sus servicios. La entrevista habia sido combinada de antemano, pero Pedro no esperaba una demostracion de esta clase; así es que sin contestar al aventurero, lanzó el caballo á todo escape. La consternacion del gran duque llegó al extremo cuando supo que Baturin y otros habian sido encarcelados, pues se consideraba muy comprometido en este asunto y temia á cada momento verse envuelto en el proceso que se habia formado. No sin hacer burla de estos temores, nos refiere Catalina en

(3) *Memorias de Catalina*, pág. 209-210.

(4) Hermann, V, 106.

sus *Memorias* el sobresalto y la inquietud de Pedro, el cual le confió lo que ocurría, contando el suceso y sus cuidados. El hecho, sin embargo, no tuvo para el gran duque ulteriores consecuencias. En cuanto á Baturin y á sus compañeros permanecieron muchos años en la cárcel (1). Este episodio demostró claramente que el gran duque no podia ser un pretendiente peligroso. Catalina tenia razon al reprenderle por haberse confiado á los cazadores y perreros que estaban en relaciones con Baturin, por haber alternado y bebido con ellos y por haber prestado oídos á sus pérfidas insinuaciones.

Si bien el gran duque pudo evitar verse sometido á un proceso político, no por eso dejaron de ser conocidos del público hechos tales como el episodio con Baturin y la oposicion que entre la emperatriz y su sobrino existia: la tutela y la vigilancia continua de los grandes duques eran insostenibles; y no sin fundamento se dice en una biografía de Pedro, publicada poco despues de la muerte de este, que «era tratado como un prisionero de Estado y estaba sujeto á una especie de prision indulgente (2).» Repetidas veces habia excitado la cólera de la emperatriz con su falta de tacto y con su desordenada vida. Durante los primeros tiempos del matrimonio de Pedro ocurrió una escena en que la emperatriz amenazó á su sobrino con tratarle como habia tratado Pedro I á su hijo Alejo. El que mostraba cierta adhesion al gran duque era incontinenti alejado de la corte. Existen algunos cortos escritos de la emperatriz, en los cuales manifiesta su descontento respecto del gran duque (3). Pedro se dirigió al favorito de la emperatriz Ivan Ivanowitsh Schuwaloff para calmar la cólera imperial y obtener de su tia que le concediera cierta libertad por lo menos en lo que se referia á sus diversiones. Algunas cartas dirigidas por el gran duque á Schuwaloff demuestran el mal humor que le causaba aquella dependencia completa de la emperatriz, á cuya gracia estaba sujeto hasta para pagar sus deudas de juego. Entre otras, encontramos la súplica que le dirigió para que le permitiera hacer un viaje por el extranjero: quéjase en ella de la alteracion profunda de su ánimo y amenaza con morirse de sentimiento, etc. (4). Continuamente se encontraba Pedro falto de recursos pecuniarios; de suerte que para procurárselos tenia que apelar á préstamos de todas clases (5).

En tiempo de Pedro el Grande, el Czarewicz Alejo se habia encontrado en una situacion análoga, de suerte que la muerte de su padre hubo de parecerle una redencion. Lo propio era para el gran duque Pedro la muerte de Isabel; Pedro, como Alejo, no podia ejecutar una accion política propia; ambos carecian de talento y de decision para hacer con éxito la competencia al gobierno existente. Pedro estuvo á la altura de Alejo en punto á deslealtad hacia el poder del Estado, pues en la guerra de los siete años desempeñó el papel de traidor. Cuando estaba prohibido hasta poseer un retrato de Federico el Grande, Pedro mantenía relaciones

(1) *Memorias de Catalina*, pág. 109. Artículo de Barssukoff sobre Baturin, publicado en la revista *La antigua y la moderna Rusia*, 1875. I, 170. Ssolowieff, XXIII, 208, á pesar de haber examinado preciosos documentos, pone equivocadamente la fecha de aquel suceso en 1753. Véase mi obra *Una conspiracion en Rusia en 1749*, publicada en la *Revista de todos los tiempos y países*, febrero de 1883.

(2) Véase la notable *Historia del infeliz emperador de Rusia, Pedro III*, Leipzig, 1773, pág. 161.

(3) Véase la *Tschtenija* de la sociedad moscovita para la historia y las antigüedades, 1867, IV. Miscelánea, pág. 28.

(4) Véase el documento en el *Archivo ruso*, 1866, pág. 580-583, y en los apéndices de la edicion rusa de las *Memorias de Catalina*, página 264.

(5) Véase la *Tschtenija Starina*, V, 675. I, 199. XXIII, 197.

secretas con el rey prusiano, y se alegraba de todas las victorias que los prusianos obtenian sobre los rusos y los austriacos. A pesar de no poder fingir, no tenia bastante valor para manifestar delante de la emperatriz demasiadas simpatías por Federico. Su inclinacion al enemigo de Rusia no obedecia á ningun programa político, sino que era expresion de su entusiasmo personal y puramente subjetivo por el gran rey. Para convertir en hechos estos sentimientos que hacia Federico sentia, faltábanle todos los medios de accion; de suerte que no podia ser nunca un peligro para la emperatriz y su sistema de gobierno.

Todo lo contrario sucedia respecto de Catalina. Esta era una verdadera potencia; sabia disimular; contaba con poderosos aliados y estaba decidida á apelar, en caso necesario, á recursos extremos.

La emperatriz no se imponia á la gran duquesa ni por su talento ni por su energía de carácter, sino en cierto modo por su belleza (6). Podemos dar entero crédito á las narraciones de Catalina en lo que se refiere á la pequeñez que mostraba Isabel en su trato con ella, porque conocemos el texto de la instruccion que en 1746 redactó Bestusheff, por encargo de la emperatriz, para el uso de las personas que rodeaban á Pedro y á su esposa. Con razon se ha observado la diferencia que media entre este documento y las reglas de conducta que treinta años despues trazó la emperatriz Catalina para la esposa del gran duque Pablo (7). Una tutela ejercida sobre personas ya adultas como la que pesaba sobre Pedro y Catalina, habia de producir funestos efectos. Nadie podia, sin permiso del matrimonio Tschoglokoff, penetrar en las habitaciones de la gran duquesa; en la mesa, muchas veces la emperatriz hablaba de Catalina en tono de censura, y estaba además formalmente prohibida á esta última toda correspondencia con su madre. Entre los que rodeaban á la gran duquesa todos los que llegaban á inspirarle confianza ó aprecio eran alejados de la corte. En muchas ocasiones la emperatriz se expresaba respecto de la esposa de Pedro en sentido desfavorable para ella, Catalina se quejaba de que en la corte rusa se faltaba hasta á las consideraciones que su salud merecia. No cabe, pues, duda alguna de que las relaciones que entre Isabel y Catalina existian eran poco íntimas y no tenian el menor grado de confianza ni de franqueza.

Fácilmente se comprenderá que la situacion en que se encontraba en la corte rusa indujera á Catalina á proporcionarse amigos secretos, á buscar momentáneas ventajas en el fingimiento y á mostrar cierta astucia y habilidad para burlar la severa vigilancia á que estaba sometida: todo ello lo vemos puesto en juego por la gran duquesa.

Entre los preceptos que contenia la instruccion para el uso de las personas que rodeaban á Catalina, encontramos la órden de que se evitara á toda costa que se ocupara en asuntos de política, y especialmente en los del Holstein. Ya hemos dicho que el padre de Catalina, cuando fué á Rusia, aconsejó á su hija que se mantuviera apartada de toda política. Pero no habia que pensar en que fuesen seguidos estos consejos ni obedecidos aquellos preceptos.

Pedro buscaba sus amigos en esferas mas bajas; sus camaradas eran los lacayos y los cazadores. Catalina fué muy pronto objeto de atenciones por parte de altos dignatarios, que procuraban captarse sus simpatías para el caso de un cambio en el trono; entre ellos encontramos á Schuwaloff y

(6) Véanse las observaciones que en sus *Memorias* hace Catalina respecto de Isabel en traje de hombre.

(7) Observaciones de S. Grot en la revista *La antigua y la moderna Rusia*, I, 124.

al gran canceller Bestusheff. Ya sabemos que los diplomáticos extranjeros que se hallaban en la corte de Isabel hablaban todos desdeñosamente del gran duque, al paso que la esposa de este era objeto de sus mayores atenciones. Mientras la emperatriz gustaba de disputar, hablando de Catalina, las grandes dotes intelectuales que la adornaban, en las esferas de los hombres de Estado se creía unánimemente que el porvenir era de esta última y que había de tenerse en consideración aquel poder que se levantaba. Tratada con cierta indiferencia, en un principio, pronto fué solicitada por todos. La gran duquesa, á pesar de mostrarse aparentemente indiferente y ajena á los asuntos públicos, era el centro de una gran agitación política, pues muchos daban por seguro que ella era la que algún día había de gobernar.

Catalina, como hemos visto, no ocultó en sus Memorias que la idea del trono era lo único que le había hecho soportar los disgustos de su noviazgo y las miserias de su matrimonio, y solo la atormentaba el pensamiento de si la tirantez de relaciones en que estaba con la emperatriz y el desdichado casamiento con Pedro la prepararían una catástrofe prematura. El mayor peligro que la amenazaba era el que procedía de su esposo. Veinticinco años despues de estos sucesos, en los cuales la gran duquesa podía ganarlo ó perderlo todo, escribía: «Tratábase de hundirse con él ó por causa de él, ó de salvarme yo, y salvar á mis hijos y quizá al Estado en el naufragio que era de prever, dadas las condiciones físicas y morales del gran duque. Esto último era lo mas seguro; así es que resolví en cuanto pude abrir á Pedro los ojos respecto de sus verdaderos intereses, aconsejarle lo que le convenía, y en cuanto á mí, encerrarme por una parte en el mas absoluto silencio, y procurar por otra asegurar mi posición ante el público, de tal manera que algún día pudiera ver en mí la salvadora del Estado (1).»

De suerte que respecto de su esposo, mas bien que consejera, era pretendiente; representaba sus intereses propios; seguía su camino y preveía que sobrevendrían crisis inevitables que habían de darle una especie de dictadura. Catalina no tenía el carácter á propósito para desempeñar un papel pasivo: la idea de ser infeliz, de soportar con resignación la desgracia, de someterse á ella, de sufrir en silencio, de ser compadecida, le era insoportable, según ella misma nos dice (2). Los hombres de la talla de Bestusheff estaban convencidos de que la soberanía de Pedro había de ser de corta duración; Mardefeld, el embajador prusiano, predijo á la gran duquesa que sería llamada á gobernar (3), profecía que oyó además de labios de otras muchas personas. Su confesor le dijo en cierta ocasión que la atención de la sociedad rusa estaba fija en ella (4). Todos daban pasto abundante á su ambición; de distintas partes solicitábase su alianza. ¿Cómo podía luchar contra tantos al mismo tiempo que contra su propia ambición?

Todo el mundo se preguntaba qué sucedería despues de la muerte de Isabel, que contaba entonces cincuenta años y cuya salud estaba muy quebrantada. Esta pregunta se relacionaba tanto con la prosperidad interior de la Rusia, como con la dirección de la política extranjera. Seguía con atención el curso de la enfermedad de la emperatriz; se estudiaba la influencia que podía tener cada personaje en el momento en que quedara vacante el trono, y se pensaba en compromisos, en fusiones y hasta en violencias. La situación era en extremo tirante; y de estos acontecimientos y episo-

(1) *Memorias de Catalina*, pág. 274.  
(2) *Memorias*, pág. 301.  
(3) *Archivo ruso*, 1870, pág. 2077.  
(4) *Memorias*, pág. 215 y 306.

dios nos enteran las negociaciones, diálogos y correspondencia que se llevaban con el mayor secreto y se tenían en el seno de la intimidad y de la mas completa confianza. De las manifestaciones sintomáticas, de las imperceptibles observaciones de los iniciados y de los rumores reproducidos en las relaciones de los contemporáneos, puede formarse un cuadro de la corte de la emperatriz Isabel, en cuyo centro sobresale la figura de Catalina.

Durante los comienzos de la guerra de siete años, el embajador inglés Williams vigiló con la mayor atención los pasos de la gran duquesa; según él, era activa, amada y temida, y aun aquellas personas mas íntimas de la corte de la emperatriz procuraban encontrar ocasión para atraerse el favor de Catalina (5); entre estos se contaban Rasumowsky y Schuwaloff: «la emperatriz no oye ni ve á nadie mas que á los Schuwaloff,» escribía el que entonces era embajador de Holanda (6). Estos últimos ofrecieron á la gran duquesa su alianza, cuyas negociaciones fueron dirigidas por el anciano príncipe Nikita y Jorgewitz Trubezkoj y por su sobrino Bezky. Tratábase, por ambas partes, de atender á sus respectivos intereses y de ir en cierto modo acordes en lo que á la política exterior se refería. Williams advirtió á la gran duquesa que se guardara de los Schuwaloff, los cuales podían pensar en entronizar al pequeño gran duque Pablo y en desterrar á sus padres. Catalina opinaba que en el momento del peligro podría hacer frente á las violencias á que pudieran entregarse los Schuwaloff, y en una carta dirigida al embajador inglés le manifestó que en el momento de morir la emperatriz, podría dominar la situación con auxilio de los oficiales de la guardia y de los soldados, y que podría contar especialmente con hombres como Bestusheff y Apraxin. En una entrevista secreta que tuvo Catalina con el *hetman* Cirilo Rasumowsky, ofrecióla este la seguridad de que podía contar con el regimiento de Ismailoff, que él mandaba, y que él en persona cuidaría de la seguridad del hijo de la emperatriz. Era preciso mantenerse por encima de todo y de todos, no descuidar ninguna regla de prudencia, sostener relaciones con los representantes de los intereses mas heterogéneos para reconciliar, apoyándose en su respectiva situación, á enemigos tan irreconciliables como Rasumowsky y Bestusheff, Woronzoff y los Schuwaloff, no enemistarse con nadie y tenerlo todo preparado para obrar en el momento decisivo y mantenerse á la defensiva en caso necesario. En todo pensó Catalina. En una de sus cartas á Williams, se encuentra la máxima siguiente: «El Czar Ivan Vasiliewitz pensaba en huir á Inglaterra; en cambio yo no estoy dispuesta á pedir asilo al rey Jorge, porque quiero vencer ó sucumbir.» De hombres de menos importancia, como el senador Buturlin, que había prometido representar sus opiniones en el Consejo de Estado, también pensaba sacar utilidad en el momento oportuno. Lo mas importante por de pronto era ponerse de acuerdo con los Schuwaloff, y á este fin hizo llegar por conducto de Leon Naryschkin, á manos del conde Ivan Ivanowitz Schuwaloff, una carta en la cual le proponía su alianza: los Schuwaloff debían trabajar en pro de ella, y ella, á su vez, estaba dispuesta á atender en todo los intereses de sus aliados. Naryschkin refiere que el conde, al leer aquel documento, no pudo contener un movimiento de alegría (7).

Los Schuwaloff eran hombres de gran importancia, pues gozaban de toda la confianza de la emperatriz. Como hombre

(5) *La Corte de Rusia de hace cien años*, pág. 138.

(6) *Memorias de Raumer*, I, 453.

(7) Léase la relación desordenada y coleccionada á fragmentos de Ssolowieff, XXIV, 62-67.

de Estado, era mas difícil de conquistar Bestusheff: era, pues, preciso llegar con él á un acuerdo.

Ya sabemos que, en un principio, Bestusheff se opuso energicamente al matrimonio del gran duque Pedro con la princesa de Anhalt Zerst; que la madre de Catalina trató de derribar al ministro á quien ella y la corte de Prusia tanto odiaban, y que Bestusheff fué quien aconsejó que Juana Isabel fuese arrojada de Rusia. Por otra parte Bestusheff había sido el autor de aquellas instrucciones para el uso de las personas que rodeaban á Catalina, instrucciones que imposibilitaban á la gran duquesa todo movimiento libre. De gran importancia debía ser, pues, el cambio que se verificó en las relaciones entre Catalina y el primer dignatario del imperio, á pesar de que subsistía la oposición entre Bestusheff y Pedro.

La misma Catalina cuenta que, habiendo tenido una conferencia con Ssaltykoff, «hizo decir al conde Bestusheff algo que pudiera hacer nacer en su ánimo la esperanza de que la gran duquesa no estuviera ya tan distante de él como lo había estado hasta entonces.» Esta confianza se celebró por la mediación de un bremés que servía en 1753 en la cancellería del Holstein. Bestusheff se mostró muy contento de lo que le hizo decir Catalina y contestó satisfactoriamente; de suerte que continuando Ssaltykoff las negociaciones, se estableció ya una secreta connivencia entre Catalina y Bestusheff (1).

De este suceso nos da noticia una correspondencia recientemente descubierta que en 1754 y 1755 mantuvieron los diplomáticos sajones, Funke y Brühl, Bestusheff, la gran duquesa y la madre de esta; correspondencia que demuestra que el gran canceller, previendo ya á principios del año 1754 la incapacidad de Pedro para regir los destinos del Holstein, trabajó para que el gobierno de aquel país recayera en Catalina. Pruébanos además que aquel paso del canceller era el preámbulo del que posteriormente había de dar para hacer de la gran duquesa la verdadera soberana del imperio ruso. Funke escribía, en 1754, que Catalina no daba, hacia mucho tiempo, paso alguno sin tomar consejo de Bestusheff; que este favorecía una correspondencia completamente libre entre Catalina y su madre, y que el gran canceller y la gran duquesa trataban entre sí las mas importantes cuestiones (2).

Catalina describe en sus Memorias, en tono de burla, la indolencia y pereza políticas que mostraba Pedro en la resolución de los asuntos del Holstein, y cómo las circunstancias la habían obligado á ella á ayudar y aun á sustituir á su esposo en aquella tarea (3). Esta conducta era una especie de precedente para la catástrofe que sufrió Pedro en 1762. Sin tener en cuenta la importancia de la actividad y del genio de su esposa, dejóse Pedro arrebatar de hecho el cetro en lo que á los asuntos del Holstein se refería. A principios de 1755, firmó un papel en virtud del cual confería á Catalina la dirección de los negocios con la sola limitación de ser

(1) *Memorias*, pág. 169.

(2) Catalina escribía á su madre en 21 de agosto de 1754: «Estoy contentísima de que aprobéis... la alianza estrecha, pero en extremo secreta, que he formado con S. E. el canceller. Sería preciso ser mas que ingrata para no agradecer los cuidados generosos que este respetable amigo me ha prodigado: no solo me ayuda con sus consejos, sino que, con su extremada prudencia, evita todo aquello que pudiera mortificarme. Confieso que admiro su proceder y que tengo en él una confianza ilimitada. Quiera Dios proteger su vida y su salud.» En otro pasaje dice: «Espero, señora, que vuestra severidad no se creará ofendida por los galantes billetes que escribo á S. E. el canceller.» Véase la obra de Ernesto Herrmann *La corte rusa en tiempo de la emperatriz Isabel en el Dietario histórico*. Sexta serie, primer anuario. Leipzig 1882, páginas 302-303.

(3) *Memorias*, pág. 244-245.

necesaria para todo su firma (4). Funke dice que Bestusheff había inspirado este paso para que «en lo porvenir fuera mas fácil poner poco á poco en manos de la emperatriz las riendas del gobierno.» En una «Advertencia á mi actual consejero privado, el baron de Pechlin,» manifiesta Pedro que tiene sobrada confianza en la actividad y en el talento de su esposa para confiarle los negocios de sus compatriotas. En una carta á Catalina manifiesta Bestusheff que aquel arreglo era la introducción para «aquellos otros planes mas importantes relativos al porvenir, que él conocía perfectamente y que habían de contribuir á la gloria personal de la gran duquesa y al bienestar del imperio (5).»

No cabe duda alguna que este acuerdo llegó á producir efectos prácticos. Catalina escribía, en marzo de 1755, á su madre que el gran duque había puesto en sus manos de algun tiempo á aquella parte todo lo que se refería al Holstein para que lo resolviera. Con este motivo hace notar repetidas veces que Bestusheff merecía ser contado como el mejor amigo, que cada día le daba nuevas pruebas de su amistad, y que le estaría eternamente reconocida (6).

En 1756 las relaciones de Catalina con el embajador inglés Williams fueron de mayor importancia. En ellas Catalina mostró su aptitud para conservar una posición en la esfera de la política, y para hacerse con aliados y con recursos. Williams estaba convencido de que Catalina había algun día de reinar, y en vista de la enfermedad de la emperatriz, creía que no se habrían de pasar muchos meses sin que ocurriera en Rusia un cambio en el trono. Además esperaba poder desempeñar en Rusia el mismo papel que había desempeñado Chetardie al comenzar el reinado de Isabel, y evitar, con el auxilio de Catalina, que Rusia se aproximara á Francia.

El embajador inglés refiere las relaciones secretas que mantuvo con Catalina, en cuyas ideas, según él mismo decía, estaba plenamente iniciado. En contraposición de los Schuwaloff que trabajaban en pro de Francia, Bestusheff y Catalina representaban la idea de una alianza con Inglaterra, de la cual no solo Bestusheff y Woronzoff, sino también la gran duquesa, recibían dinero. Catalina dijo al embajador inglés que podría obrar con mayor eficacia si disponía de dinero, sin lo cual no era posible acometer empresa alguna, pues se veía obligada á sobornar á las mismas camareras de la emperatriz; que si para esto el rey de Inglaterra le prestaba una cantidad, ella le libraría el correspondiente recibo, comprometiéndose á devolverla en cuanto le fuese posible y dando su palabra de honor de que solo sería aplicada en provecho de todos. Pidió 20,000 ducados que incontinenti le fueron concedidos (7). Algunos años despues, en 1764, el conde Nikita Panin y el embajador inglés, Buckingham, trataron de arreglar esa cuestión, pues Catalina quería como emperatriz pagar la deuda que había contraído como gran duquesa. La suma ascendía á 44,000 rublos; este asunto fué llevado por parte de los ingleses con gran delicadeza y cortesía (8). Las relaciones amistosas, y tan trascendentales bajo

(4) Relación de Funke, obra citada, pág. 306: está confirmada por las manifestaciones de Catalina, solo que esta, que escribía en 1780, pone el hecho en 1757.

(5) «Que la medida adoptada por Pedro sería verdaderamente propia y como tomada expreso para realizar algun día tanto mas fácilmente la otra idea mas grande para el porvenir, que V. A. no ignora y que no podría redundar mas que en la gloria personal de V. A. y en el bienestar de este Imperio.» Véase Herrmann en el dietario de Raumer: obra citada, pág. 307.

(6) Herrmann, obra citada, pág. 307-308.

(7) *Memorias de Raumer*, II, 348.

(8) *Ilustración de la sociedad histórica*, XII, 162. Es la misma cantidad que se menciona en la propia Ilustración, VII, 73. Pago hecho